

EL  
**ANGEL DEL HOGAR,**

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADEABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.



SUMARIO.

*Hija, esposa y madre*, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*Al corazon*, soneto, por don Julian Romea.—*El fin de la comedia*, por don Jacinto García Perez.—*Preferencias de un padre*, (continuacion), por doña María Mendoza de Vives.—*Efectos de luz*, poesia, por don Constantino Gil.—*Carta á las suscriptoras de EL ANGEL DEL HOGAR*, por doña María del Pilar Sinués de Marco.—*Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco.—*Explicacion y aplicacion del grabado de modas*, por Pamela.

Con este número se reparte un grabado de modas y el pliego quince del tomo quinto de la *Galeria de mujeres célebres*.

**HIJA, ESPOSA Y MADRE.**

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

XXXI.

CLARA A OCTAVIO.

Madrid, julio de 186...

Una mujer desgraciada, una esposa infeliz, una madre que sufre mucho, acude á V., señor duque, implorando su generosidad.

No le pido que me perdone la libertad que me tomo al escribirle: he oido hablar tantas veces á mi marido de su nobleza, de su hidalguía, que no dudo disculpará el paso que doy.

Adjunta es una copia de una carta que me han dirigido: la ha escrito la marquesa de Montemar, y, como verá en ella, se acusa á Camilo de amar á mi hermana: otras noticias mas fidedignas me han confirmado despues esta desgracia: ayer escribí yo á mi esposo, pero sin darle á entender que sé su fatal secreto, llamándole cerca de mí, con todo el cariño y suavidad que he podido hallar á través del inmenso dolor que llena mi alma.

Pero yo no sé si á causa de la terrible violencia que me ha hecho, se irritaron mis ner-

vios, porque he pasado una noche cruel, he pensado que era madre, y que el porvenir de mi hijo merece algo mas de lo que he hecho, y me he decidido á escribir á V. para que me diga el estado del corazon de mi marido.

¿Es incurable la llaga que hay en él? he llegado á ser á sus ojos un motivo de hastío ó de desden? debo perder toda esperanza?

Por Dios, le suplico que me responda la verdad, por triste, por amarga que sea: no me sorprenderá lo que me diga: sé que no se casó enamorado de mí, y que lo hizo solo porque, siendo su familia amiga de la mia, no quiso dejar espuesto mi nombre á la vergüenza del desaire que me hacia el marqués de Montemar.

Así, pues, no me sorprenderá que no me ame, ó que haya llegado á serle odioso este lazo que formó su delicadeza: pero quiero saber la verdad! toda la verdad!

Las almas fuertes, como la mia, prefieren el mal, por grande que sea, á la incertidumbre; porque una vez seguros de él, se resignan y vuelven sus miradas al cielo, al paso que la razon se siente sucumbir en las alternativas de esperanza y desesperacion que se disputan la posesion de mi espíritu.

Tal vez he sido demasiado altiva con Camilo: pocos dias despues de su salida de mi lado, podia decirle con toda seguridad que era padre, y, sin embargo, le he rehusado esta dicha, sordamente irritada con mis celos,—que



entonces me designaban otra persona,—y su abandono: he hecho mas: he ocultado á todos mi estado, hasta á mi madre, para que no se lo participen.

Ayer mismo, al escribirle, quiso estampar muchas veces mi pluma la noticia feliz, y siempre se resistió á ello; porque temo volverle á ver, no por mí, sino por consideracion á su hijo.

¡Ah! qué triste cosa es el tener una alma altiva, y estar á la vez herida por una desgracia tan terrible como la mia! ¡hay tantas cosas de que otras hubieran echado mano, y que yo no me resuelvo á decirle! yo no sé mas que sufrir y morir en silencio: y sin embargo, debo vivir para mi hijo, que ya pronto vendrá al mundo! que no podrá contar quizá mas que con mi cariño!

Para colmo de pesares, mi madre, aun menos animosa que yo, se rinde al peso de su dolor al verme desgraciada: y mi hermana no me escribe, confirmando así las sospechas de que ha llenado mi ánimo esa infame carta!

¡Creer culpable á Mérida! ¡ah, caballero! yo no puedo explicar á V. lo que esto es para mí desde que tenía yo dos años, que vino Mérida al mundo, no he tenido, ni conocido otra cosa que yo amara tanto!

Juntas nos criamos y crecimos como dos flores en el mismo arbusto: yo la cuidaba con tanta ternura, que hoy dudo pueda dedicar la misma á mis hijos: dábamos las mismas lecciones, y no bien creció algun tanto, era ella la que repasaba las mias, y vencía para mí no pocas dificultades.

Creció en belleza y gracias, y yo me extasiaba mirándola: su carita, blanca y triste, tenía para mí misterios de talento y de bondad, que yo sola sabia comprender: amaba, como pudiera hacerlo un adolescente, sus ojos azules, claros y serenos como la superficie de un lago profundo: nada creía hacer bien si no merecía la aprobacion de mi hermana: se lo consultaba todo, y era una criatura que tenía para mí un reflejo de la divinidad.

¡Y ella cuánto me queria! no, no es posible que me haya hecho traicion! no es posible que haya alentado culpables esperanzas en mi marido! me acuerdo que una vez que mi madre, enojada conmigo, me envió á Barcelona á casa de mi tío, Mérida no cesó de interceder para que se me levantase el destierro!

Perdon, señor duque! me dejo llevar de es-

tas dulces memorias de la niñez: ¡son tan gratas para mí en la funesta oscuridad que me cerca! hallo tanto consuelo en evocarlas!

Yo le conjuro, por lo que mas ame, que me escriba pronto, y que despues de examinadas todas las cartas de Camilo, me diga cuál es el estado de su corazon: entretanto, permítame que le dé gracias anticipadas y que me ofrezca su reconocida amiga y servidora,

CLARA, CONDESA DE PEÑAFIEL.

*Se continuará).*

Maria del Pilar Sinués de Marco.

## AL CORAZON.

SONETO.

Sí, pobre corazon, sí, ya has caído  
De aquella altura en que solias verte,  
Y avara deshojó contraria suerte  
La flor mejor de tu jardin querido.

En esta triste soledad perdido,  
Sin porvenir que tu vigor despierte,  
¿Qué importa, corazon, ser por la muerte  
En tu lozana juventud herido?

El instante supremo desafia;  
Pero con calma que te llegues quiero  
Al borde oscuro de la tumba fria,

Pensando, al afrontar el trance fiero,  
Que de esta vida amarga el postrer dia,  
De otra vida mejor es el primero.

Julian Romea.

## EL FIN DE LA COMEDIA.

Y el mundo en tanto sin cesar navega  
Por la region inmensa del vacío.  
(QUINTANA.)

Era una calurosa noche y mi sueño fatigoso no me dejaba descansar tranquilamente.

Tanto que me encontraba presa de la funesta pesadilla.

Yo soñaba; y soñaba que iba á morir. ¡Morir á los veinte y cinco años! esto era cruel, horroroso; pero no habia remedio.

Iba á morir.

No podia dudar de que se aproximaba mi último instante.



El médico acababa de hablar en voz baja á la persona que me asistía, y yo adivinaba en aquel secreto mi sentencia de muerte.

Entre tanto, hacia los proyectos mas desca- bellados para emprender mi último viaje.

Me encontraba embargado por un deseo de movimiento difícil de explicar.

Solo Dios sabe si este deseo era ó no un sín- toma deplorable.

Pocos dias antes de verme atacado por la agu- da enfermedad que me tenia postrado en el le- cho, debia yo haber salido para Rusia á cumplir con el deseo mas ardiente de toda mi vida.

Con el deseo de viajar.

Porque yo, pobre mortal, reducido á una modesta fortuna, habia envidiado siempre esas existencias que, como las golondrinas, varian de clima segun las estaciones y tan pronto se en- cuentran en Europa como en Africa, en Asia como en América.

Yo que toda mi vida habia soñado con la vida variada y llena de animacion del viajero, iba á morir en el momento de ver realizados todos mis ensueños y mis esperanzas todas.

Presentábanse á mi calenturienta fantasia mis proyectados viajes y al encontrarme en la impo- tencia, me desesperaba.

Mi niñez, mi juventud, mi vida toda pasa- ban ante mi fatigada imaginacion como otros tantos fantasmas que se burlaban de mi estado ac- tual.

Yo me veia morir á los veinte y cinco sin haber realizado ninguna de mis ilusiones, nin- guno de mis ensueños de niño, como el de ser marino cuando contemplaba la majestad del Océano y sus vastos horizontes, sin haber podi- do alcanzar otra cosa que ser un embadurna- dor de cuartillas.

Esta reflexion desplegó una sonrisa entre mis descoloridos labios.

El médico, que me observaba, dijo:

—Esto se concluye, y se empezó á poner los guantes con la misma tranquilidad que se hu- biera estado en un salon ó en un café, y salió despues de haberse calado su sombrero.

Llegó la Estrema-uncion y yo mismo me lle- gué á convencer de que todo habia acabado, cuando ví aparecer á Eusebio B., uno de mis mas queridos amigos y periodista como yo.

Aproximóse á mi enfermera, que arrodillada á los piés de mi lecho murmuraba sin duda al- guna oracion, dirigiéndole una mirada que equi- valia á esta pregunta:

—¿Con que ya ha concluido? y Eusebio se di- rigió hácia uno de mis estantes de libros que- dando pensativo por un momento.

De repente su fisonomía se animó á la vista del título de una obra que yo nunca le quise regalar ni vender, la cogió y se la metió en el bolsillo.

—Amen; dijo mi enfermera concluyendo sin duda su plegaria.

Yo dí un suspiro.

Eusebio vino hácia mí y me cerró los ojos diciendo:

—Dios le tenga en su gloria.

Aunque yo no podia hablar, queria ver lo que pasaba á mi alrededor.

Abrí los ojos.

Quería ver hasta el último momento.

La enfermera trató de cubrirme el rostro con un lienzo, metió dentro de la cama un pequeño crucifijo de madera y echó un poco de incienso en un brasero.

—¡Pobre diablo!—dijo.

Unos cuantos amigos acababan de entrar.

—¿Ha muerto? preguntó uno.

—Sí.

—¿Cuándo se le entierra? dijo otro.

—Mañana á las ocho, contestó Eusebio.

—Mala hora, para que lleve mucho acompa- ñamiento.

Abrióse la puerta y entró Julia.

Julia era la mujer que yo amaba.

—¿Es verdad? es verdad, señores? dijo entre gritos y sollozos; con que ha muerto?

—Sí, señorita, contestó la enfermera.

—¿Está muy desfigurado?

—Parece que duerme; quiere Vd. verle?

—¡Verle yo, á un muerto! me costaria estar mala quince dias!

Y dirigiéndose á uno de mis amigos le pre- guntó:

—Dígame Vd., Ernesto, podré ir yo al en- tierro? No será de mal tono?

—Al contrario; es una necesidad, es un re- cuerdo que en nada compromete á Vd., porque los muertos no comprometen á nadie.

—Tiene Vd. razon, dijo Julia.

Y abandonaron la estancia.

La enfermera, al verse sola, se caló los anteos- jos y se puso á leer un número del *Cascabel*.

Viendo que todo estaba tranquilo, resolví dar un paseo.

La primera persona, á quien me encontré, fué á Eusebio leyendo en el que habia sido mi libro.



Entré en el café donde acostumbraba á almorzar y donde se encontraban varios de mis amigos y escuché el siguiente diálogo:

—¿Qué hay de noticias?

—Que ha muerto J., me lo acaba de decir Eusebio B.

—Bah! dijo uno dejando de leer en un periódico que tenía en la mano: no sabía que estaba malo, ¿y de qué ha muerto?

—Ciertamente que no lo sé.

—A propósito, exclamó el que leía el periódico: aquí está la noticia de su muerte.

—¿Y qué dice?

—Que ha fallecido enfermo del corazón, oíd qué párrafo le consagra el gacetillero; sin duda era amigo suyo: y continuó leyendo.

«La república literaria, tan en decadencia hace algun tiempo, acaba de sufrir una nueva y dolorosa pérdida: el festivo y satírico escritor J. ha fallecido ayer en los mejores años de la juventud y cuando empezaba á mostrar toda la plenitud de su talento: qué triste es morir á los treinta años cuando se tiene una reputación tan bien adquirida como la de J.!

Parece que la enfermedad que lo ha conducido al sepulcro ha sido una afección del corazón.»

—Yo creía que estaba tísico, interrumpió uno, siempre se quejaba de dolor á los pulmones.

—Y eso qué tiene de extraño, exclamó un tercero, cuando he conocido yo á un individuo que vive con medio pulmón.

—Que calle el andaluz, exclamaron todos en coro.

—Señores, tal era la opinión de los médicos.

(Se concluirá).

JACINTO GARCIA PEREZ.

## PREFERENCIAS DE UN PADRE.

(Continuación).

Siempre fué así la infancia; como el cielo de primavera, á una pequeña nube se encapota, y á un soplo de la brisa recobra su hermosa y diáfana serenidad.

### II.

Los padres de Margarita se habían conocido en una fábrica de tejidos de algodón, donde trabajaban ambos. El, que acababa de perder á su madre, á quien mantuvo y cuidó desde niño, pensó entonces en contraer matrimonio, y eli-

gió entre las mujeres de la fábrica aquella en quien descollaban mas las dos cualidades que en él dominaban, y que eran, por decirlo así, la base de su carácter rudo y tosco; el amor á la honra y el cariño al trabajo. Juana Camps que contaba seis años mas que Gifre, y que aunque hermosa, había perdido la esperanza de casarse, aceptó con gusto, apasionándose locamente de su esposo,

Un año vivieron bien, poniendo el colmo á su felicidad el nacimiento de un hijo, que llevó, como su padre, el nombre de Jaime.

Cualquiera que sea la posición social de un hombre, no puede menos de recibir con trasportes de alegría el primer hijo que le nace; lo que no siempre sucede con los que le siguen, mayormente si estos son muchos y los bienes no muy sobrados. Y no se crea esto achaque solo de nuestra época; pues antes que el cristianismo hubiera echado los cimientos de la verdadera civilización, en algunos pueblos el recién nacido era colocado en el suelo á los pies de su padre, de donde, á un gesto de este, se le levantaba para ser vestido y criado como correspondía, ó abandonado al pie de un monumento, ó en las zanja de un camino. Gifre, que á los seis años de matrimonio se encontraba ya con cuatro hijos que aumentaban su pobreza, imposibilitando á su madre para ganar en la fábrica, si no rechazó, como los padres de aquellos tiempos, al cuarto ángel que Dios le enviaba, recibióle por lo menos tan mal, que pareció querer cerrarle por completo las puertas de su ternura.

El carácter del obrero se había agriado notablemente con los injustos y continuos celos de su esposa. Esta, que con un recto juicio y algun tanto de prudencia, hubiera podido ser, pues Jaime era bueno y la amó en un principio, la piedra donde se puliesen, ya que no se abriellantasen, las ásperas facetas de aquella naturaleza tosca y ruda, hízole, por el contrario, mas brusco y concentrado, conociendo demasiado tarde el daño que ella misma se causaba. Entonces, viendo amenguar de día en día un cariño, única compensación de su existencia de trabajos y dolores, cambió de método, creyendo así recobrar lo perdido, sin comprender que el amor, cuando ha entrado en su período descendente, baja con mayor rapidez que el viajero que se desliza por los helados senderos de una montaña.

Tan brusca transición no tuvo para la esposa resultado alguno; pues Gifre, sin apercibirse,





de ella, siguió del mismo modo, aun cuando Juana por complacerle se adhería á todos sus caprichos, halagando unas veces y castigando otras sin justicia ni oportunidad, á los hijos que adoraba.

Veamos ahora la situacion de estos.

Era el primero, hermoso como sus hermanos, de algun talento, pero desidioso y camorrista. Una parienta del padre, comprendiendo los apuros de este, pagaba la escuela del primogénito y de Inés, la niña que le seguía, muchacha viva, despejada, de temperamento ardiente y de belleza poco comun. Dotada esta criatura impresionable y enérgica, del mas vivo sentimiento de lo justo, que la hacia á la menor arbitrariedad sublevarse contra padres y maestros, y de una naturaleza razonadora y noble, á quien por la dulzura y la conviccion hubiera sido fácil conducir hasta los mayores sacrificios, veíase por el contrario tratada con esceseivo rigor. Solo por ese medio creía posible el padre domear aquel fiero carácter, que como el acero bien templado despedía chispas al menor golpe, y como el cristal hubiera saltado en trozos antes que doblarse.

A estos dos seguía un niño que, á causa de su delicada complexión amamantado largo tiempo por su madre, habíase encariñado con ella, en términos que un halago suyo á los otros hijos le causaba tormentos crueles.

La infancia, cuya felicidad envidiamos, es con harta frecuencia en extremo desgraciada. El niño siente la pérdida de un juguete, con la misma desesperacion que el hombre la de su fortuna. El niño consagra por lo comun á la madre, ó la mujer que le ha criado largo tiempo, tan ciega idolatría, como el jóven á la elegida de su corazon.

Los celos y la envidia son las crueles serpientes que rodean la inocencia. ¡Guay del niño á quien cercan personas estúpidas que se hacen una diversion de sus pueriles arrebatos, escitando por juego aquellas malas pasiones que armaron el brazo del primer patricida! Algunas veces el carácter de una criatura no se desvirtua por esto, adquiriendo solo ciertos tintes sombríos, otras hasta su naturaleza física se resiente de ello y se desarrollan penosas enfermedades que suelen tener funestísimas consecuencias.

Esto fué lo que sucedió con el tercer hijo del obrero. Al nacimiento de Margarita, el niño, que aun no contaba tres años y que se vió desalojado de los brazos de su madre, entristeciése

y perdió el apetito; cuando la veía dar el pecho á la recién nacida, prorumpia en gritos que escitaba la cólera del padre, el cual solia decir: «Pégale ó lo pego yo, para que aprenda á no ser envidioso.» Y la madre, por miedo de enojar al marido, ó de que este castigase con demasiada dureza á la tierna criatura, dábale un pequeño golpe á la menor indicacion.

A veces Jaime, que era el ojo derecho del padre, decia acariciando á Margarita:

—Ves? madre y padre y yo y todos, no queremos sino á ella. El niño entonces redoblaba su llanto, lo que divertia al primogénito, é irritaba á Inés, originando una reyerta que acababa generalmente con el castigo de la niña, lo cual agriando su carácter envalentonaba al hermano acreciendo sus malos instintos.

Gifre, ya lo hemos dicho, preferia este hijo á todos los otros, quizás porque era el mayor y contaba que fuese con el tiempo el sosten de la familia, como él lo habia sido de la suya, ó quizás porque el corazon se inclina con harta frecuencia á este ó al otro, sin poder uno mismo definir las razones de ello.

Esta especie de simpática atraccion está en la naturaleza humana, y nadie puede reprimirla; lo que si está en la mano del padre, es esconderla en el fondo de su alma para que no hiera la susceptibilidad de los otros hijos y sea, despertando la envidia y el resentimiento, un perenne manantial de rencillas y disgustos.

A veces si la madre, llevada de la ternura que encerraba en su corazon y que ansiaba desbordarse, cogia al niño y le decia besándole:

—No llores, hijo del alma, que yo te quiero á tí lo mismo que á ellos, exclamaba Gifre:

—No los malcries, no des alas á su natural envidioso; y la madre ahogando sus lágrimas ponía en el suelo al niño, que se iba sollozando al mas apartado rincon.

Esto se repetía tanto que no pudo dejar de producir su efecto, y la tierna criatura, sin una palabra de consuelo, sin una demostracion de cariño, enflaquecía al par que su vientre se abultaba y sus piernas negábanse á sostenerla.

Al fin, devorada por una fiebre lenta, pasó de la tierra al cielo, sin que ni el hermano ni el padre se apercibieran de la causa de su muerte. ¿Quien va á fijarse en las pasiones de los niños?

(Se continuará).

**María Mendoza de Vives.**



## EFECTOS DE LUZ.

En una noche lúgubre y sombría,  
Tus negros ojos ví;  
Díste una esperanza, y fué de día  
Entonces para mí.

Sus rojas trenzas en el claro río  
La mañana bañó;  
Y á tu desden, en lóbrego y sombrío  
El día se trocó.

¡Ay! El amor de la mujer querida  
Es el sol que colora nuestra vida.

Constantino Gil.

### Carta á las suscriptoras de EL ANGEL DEL HOGAR.

SAN SEBASTIAN.—BAYONA.—BIARRITZ.—SAN JUAN DE LUZ.

19 de agosto de 1865.

Jamás, mis queridas lectoras, se ha visto mayor afluencia de gente en estas pintorescas playas que en la presente estacion: lo bello y suave del clima y el hallarse tan cerca de ellas la real familia, todo contribuye á que se les haya dado la preferencia y en ninguna parte la moda ha estado mejor y mas graciosamente representada.

En San Sebastian, ademas de los lindos y variados trajes de linós, pelo de cabra y mohair, que se han adoptado por su comodidad y baratura para baño y paseo, hacen un papel tan brillante como distinguido las vaporosas muselinas blancas, en los dias festivos en que se pasea en Santa Catalina, donde una banda de música militar ameniza, con sus acordes, las calles de tan agradable paseo.

La mayor parte de las jóvenes llevan vestidos de muselina, sujetos al talle con cinturones muy anchos de cinta rosa, azul, lila y, sobre todo, verde: esta constancia en una moda tan sencilla y tan encantadora á la vez, dice bien claro que el buen gusto es lo que impera mas largo tiempo, ó mejor dicho, el que impera siempre, á pesar de todas las escentricidades de la moda.

Este mismo buen gusto reinaba en una escogida reunion á la que tuve el placer de asistir en casa de los señores de Brunet: las jóvenes vestian con la mas elegante sencillez, casi todas de blanco: descollaban entre ellas, como dos bellas rosas entre las demas flores de un jardin, la jóven y encantadora señora doña Emilia Brunet de Vermingham, y su hermana la señorita doña Serafina Brunet, aquella con su perfecta y dulce belleza, esta con su modesta gracia y su esquisita elegancia.

En aquella agradable soirée musical, tuvimos el gusto de admirar y aplaudir una vez mas á la jóven y simpática artista Mlle. de Try que, acompañada de su padre, ejecutó varias piezas en el violoncello, con la maestria que acostumbra: asimismo lució su gran talento musical, su buen gusto, sentimiento y agilidad en el piano la hija mayor de los señores de la casa, señora de Vermingham, ya ejecutando algunas piezas sola, ya acompañando con admirable perfeccion á Mlle. de Try y á su padre.

Dichos artistas dieron tambien un concierto en el salon que lleva por nombre *La Fraternal*, y que estuvo muy concurrido: tomaron parte en él además, el Sr. Barech que tan admirablemente toca el violin, el Sr. Calisalvo, que tanto se distingue en el piano y á quien tuvimos el gusto de aplaudir ya en casa de los señores Brunet y la sociedad coral *El Orfeon*, dirigida por el señor Santisteban, la cual cantó varias piezas perfectamente, siendo muy aplaudida, sobre todo, en dos cantos vascongados, llenos de sentimiento y melodía.

Y á propósito, ¿por qué cada año no se habia de abrir en Madrid un concurso musical, en el que cada provincia diese á conocer los aires nacionales por medio de sus orfeones, y en el que hubiese premios que estimulasen al verdadero talento? ¡qué encantadora seria una festival en la que se dieran á conocer todos los aires pátrios de las provincias de España!

Pero hablemos ya de Bayona, aunque sea brevemente, pues lo que constituye hoy, como todos los estíos, la animacion de esta ciudad, es la continua llegada y salida de viajeros que pasan á Guipúzcoa, y los que de esta provincia pasan á Francia.

No hay nada mas divertido que sentarse á la puerta de una de las fondas ú hoteles que se hallan en la calle del Gobierno, y ver descender de los omnibus que llegan continuamente, á los bañistas de Biarritz, y de San Juan de Luz que van á hacer sus compras: los trages mas lindos se ven mezclados con los mas estravagantes en caprichosa confusion.

Sentada yo á la puerta de uno de los cafés mas elegantes situado en la Plaza de Armas, fui sorprendida de un espectáculo, que á la vez me llenó de alegría y de pena: en un carrito, conducido á la mano, ví al ilustre poeta y mi querido amigo D. Ventura de la Vega, que víctima de sus dolencias, ha tenido que buscar en aquel benigno clima algun alivio: corrí presurosa á su encuentro, y le dirijí algunas frases de cariño, diciéndole que tenia la certeza de verle presenciar el nuevo triunfo que le espera en la representacion de la magnífica obra que le oí leer con el título de *La Muerte de César*.



—¡Dios la oiga á V.! me respondió estrechándome la mano; pero yo abrigo pocas esperanzas de mejorar en mi mala salud!

Me despedí de él y seguí con la vista, mientras me fué posible, al ilustre enfermo, rogando al cielo que nos le devuelva pronto mas aliviado.

En el pintoresco pueblecito de Biarritz, he visto atavíos encantadores: el *mohair*, precioso tejido de lana brillante como el cristal, y que ya el año anterior gozó en los baños extranjeros de gran favor, parece haber escogido aquellas peñas para hacer su aparición entre los españoles: he visto algunos blancos con paletot igual, y ornados de franjas Tibet, que son de un efecto mágico, pues parecen trages hechos de nácar reducido á la diafanidad del tejido.

Las faldas recogidas siguen llevándose siempre, pero no ya de un modo invisible si no por medio de presillas de la tela del vestido ó bien de pasamanería: de mayor favor aun disfrutaban las faldas hechas cortas espresamente, lo que es una gran medida económica, pues se pueden aprovechar las ya usadas para este fin.

En San Juan de Luz, el lujo impera algo menos: el pueblo nos pareció mayor, pero bello como Biarritz: así convida menos á vestirse, y, sobre todo, á vestirse con esas telas esquisitas no por su valor si no por la delicadeza de sus tejidos: por la noche los bañistas se reúnen en *La Mairie*, donde hay un rato de música, y se baila despues hasta las once.

En ambos pueblos, la vida es la misma: por la mañana baño, y reunion en la playa hasta la hora del almuerzo: despues paseo ó siesta, segun el gusto de cada uno: las extranjeras dedican algunas horas á la lectura ó á la labor, antes de la comida.

Acabada esta, paseo, y luego la tertulia, que en Biarritz tiene lugar en el casino y en San Juan de Luz en *La Mairie*, segun queda dicho.

Lo que sí os puedo asegurar es que la seda, los encajes, los brillantes y hasta las plumas de los sombreros, están proscritos de las estaciones de baños: no se vé un solo sombrero que no sea calañés, ó de castor á la inglesa: ni un solo vestido que no sea de lana ó muselina.

En cuanto á joyas, las de plata hacen ahora su aparición: hay aderezos completísimos, pues constan hasta de diadema para el cabello: algunas señoras se los han puesto ya en el teatro en San Sebastian: pero la mayor parte los traen empaquetados para lucirlos este invierno en Madrid: el acero terminó su corto reinado.

En fin, las joyas de nácar hacen tambien un papel importante en las poblaciones citadas y se comprende muy bien, porque ni se oxidan ni exigen un traje rico.

En cuanto á guantes, los de hilo y de piel de Suecia son los admitidos, y los que aconseja el buen gusto.

Muy pronto volveré bajo el hermoso cielo de Madrid, y dejaré mi encargo de revistera en manos de nuestra amable é inteligente Pamela.

Maria del Pilar Sinués de Marco.

## REVISTA DE LA SEMANA.

Tamberlik.—El terrible huésped.—Cuentos y sucesos.

Tamberlik y el cólera: ahí tienen Vds. un par de sugetos que han sido, durante la semana pasada, el objeto de todas las conversaciones.

El arte y la ciencia se han infiltrado, digámoslo así, en el ánimo de las gentes que no lo tienen.

El arte, por boca de Tamberlik, ha hecho sentir gratísimas emociones á todas las almas grandes; la ciencia, por medio de los médicos y de los gobernadores de provincia, ha tomado las suficientes precauciones para dar valor á las almas pequeñas.

Es decir, que mientras los medrosos acuden á la botica, los alegres de corazón acuden al teatro.

O sino, comparemos de otro modo; mientras algunos enfermos *in fieri* corren desalados á buscar una medicina para el cuerpo, los enfermos del alma se elevan á las regiones del arte á buscar un lenitivo á los males del espíritu. ¿Quién no se conmovió oyendo á Tamberlik en el *Guillermo*? Cuando dice:

*Oh ciel tu sai*

*Se Matilde m'est cara,*

todos los amantes se conmueven, y en verdad que despues de oír aquella frase no hay nada que pueda parecer mejor, como no sea oír á una preciosa niña que sale del teatro tarareando la frase misma. Con perdon del gran artista, en un caso así la copia parece mejor que el original, el reflejo es mas agradable que la luz, la parodia es mas sublime que el drama.

Hay un momento en la *ópera*, á que me refiero, en el cual todos los corazones laten á impulsos del entusiasmo. No hay en Madrid, ni en Europa tampoco, quien no sienta inflamarse el pecho en santo fuego al escuchar la divina frase:

*Sul campo de l'honor*

*Cercar la libertá!*





que tan admirablemente lanza Tamberlik á la caliente atmósfera del coliseo.

Quien se ocupe de tan grandes acontecimientos como estos, no puede acordarse del terrible *huésped*, como suelen llamar los gacetilleros al ciudadano cólera.

Y á pesar de todo, yo he oído un diálogo que envuelve una razon profunda y convincente.

Un pollo, necio como muchos, y hablador como pocos, se habia colocado junto á una señora en un palco del teatro de Rossini, y estuvo hora y media hablando tanto y tan malo, y con tal precipitación y locuacidad tanta, que era cosa de desmayarse al cabo de lucha tan feroz con un hombre tan pesado. Por último, el pollo preguntó á la señora:

—¿Sabe Vd. que viene el cólera?

—Sí señor, sí, respondió ella, y crea Vd. que ya tarda!

En efecto, para quitar estorbos, hace falta una epidemia cada semana.

Por supuesto que este cólera moderno se vá pareciendo á un amigo mio, á quien todos lo ven en todas partes, y no obstante nadie sabe donde para.

¿Dónde está el cólera? ¿En Valencia? *La Correspondencia* dice que no, y cuando *La Correspondencia* lo dice, estudiado lo tendrá. ¿Está en Barcelona? Los catalanes lo niegan, y ¿quién se atreve á discutir con los catalanes? ¿Está en Madrid? ¡Qué tontería! dicen los madrileños. Pues entonces *adivina quién te vió*, dice el vulgo, y todos quedamos iguales. Sea de ello lo que quiera, por mi parte me limito á decir lo que un gitano de cierto cuento que me permitire contar para escarmiento de graciosos.

Iban á dar garrote á un gitano, por ladron y otras bellas cualidades; y cuando ya estaba camino del patíbulo, se volvió hácia el cura que le auxiliaba, y le dijo con cierta gracia:

—Diga *osté*; padre, ¿no se podría arreglar esto de otro modo? Porque, francamente, se me causa muchísima estorsion...

Lo mismo podíamos decir nosotros ahora. ¿No se podía publicar una real orden prohibiendo al cólera la entrada en esta villa? Porque si entra, se nos puede seguir perjuicio...

Pero hagamos punto. Dicen las señoras y los médicos, y los gobernadores, que uno de los medios de evitar el contagio es no burlarse del huésped terrible. Así, pues, punto y aparte.

Vámonos á los Campos, y caiga el que caiga.

Eusebio Blasco.

## ESPLICACION Y APLICACION DEL

GRABADO DE MODAS.

Núm. 1. Gorra para recibir, compuesta de un fondo redecilla de muselina muy clara: delante lazadas de blonda negra y blanca: bridas de glase.

Este tocado, que hace gran papel en las estaciones de baños, donde hay que abrigar la cabeza á causa de la humedad que conservan los cabellos, es muy apropósito, esmerado y lindo para señora de mediana edad; puede servir para sentarse al almuerzo en la mesa redonda, y aun para la comida.

Núm. 2. Gorra para señora joven, y propia para el mismo objeto que la anterior: su forma es la de un pequeño fanchon de blonda blanca, sostenido por un bullonado: delante, lazadas de cinta mezcladas con blonda.

Núm. 3. Prendido para comida de ceremonia, formando una *catalana*: grupo de rosas en la frente: á los lados grupos de cinta rosa sembrados de perlas: detrás, lazo con largos cabos.

En las estaciones de baños, es frecuente que el que vive por su cuenta—sobre todo en las encantadoras casitas de Biarritz—convidé á comer á sus amigos y de algun té para pasar las horas de la velada, siempre largas y tristes: para este objeto se ha ideado sin duda este lindo prendido.

Núm. 4. Gorra para casa, de fondo caido, formado por bandas de tul; hácia la frente lazadas de blonda blanca y negra, y grupo de rosas: esta gorra puede servir para señora joven.

Núm. 5. Prendido de *soirée* para señorita, formado de un medio fondo de tul, sobre el cual van colocadas puntas de terciopelo azul: en medio de la frente, rosas y lazadas de terciopelo.

Núm. 6. Vestido para niño de dos á tres años, de piqué blanco, bordado con soutache: el cuerpo está cortado con pequeñas aldetas, de las cuales la espalda y costadillos son cada uno de la misma pieza que la falda: cintura *bearnesa*: mangas compuestas de un bullon y adornadas en el bajo de un volantito bordado.

Núm. 7. Camiseta para señora joven ó señorita, adornada de plieguecitos que forman por detrás un fichu puntiagudo: delante, y entre los pliegues, se coloca un doble bias *respunteado*: mangas con puños en armonia con el delantero de la camiseta: cuello adornado de plieguecitos y de encaje.

Esta camiseta es solo á propósito para las mañanas, pues ya hemos dicho varias veces que nos parecen impropias de un traje esmerado.

Pamela.

Por todo lo no firmado.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSE MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Urriza, 14.





668

Imp. Marion.

## LE BONTON

Journal de Modes

Lingerie de la Maison Rayan Leclerc, 13, rue Vivienne. Parfums et Savons de toilette de Violet fourn<sup>r</sup> de S. M<sup>t</sup> l'Impératrice. Machines à coudre de Martougen, B<sup>ard</sup> Sébastopol 70.

**Ayuntamiento de Madrid**

On s'abonne à la Société des Journaux de Modes réunis, à Paris, rue S<sup>t</sup>-Anne 64.